

ARENAS BLANCAS, PUENTE CULTURAL

Manuel J. Tejada Loría

La primera editorial de *Vuelta* escrita por Octavio Paz en 1976 advertía de la necesidad de la crítica ante una realidad que más que representada era presentada a través de la literatura; mostrar las aristas no era el objetivo, sino más bien, se trataba de dar una visión panorámica sobre cómo la realidad se encuentra articulada y cómo cada una de sus partes constituyen un todo en constante ebullición. Y aunque a las generaciones que prosiguieron nos tocó ver cómo el editor Paz coqueteó sin pudor alguno con El Poder, es de reconocerse que su labor editorial estuvo fincada en la experiencia que le dejó dirigir varias revistas de corte literario, labor que incluso puede compararse, según Roberto Calasso, con la labor literaria que lo llevó a obtener el Nobel de literatura.

Nuestro asunto, sin embargo, no es con Paz sino con esta revista que trae trasfondos y entretelones que sólo son posibles por el vínculo que Tomás Ramos representa como editor y que, de no ser así, hoy no hablaríamos de *Arenas Blancas*, porque entre Nuevo México y Yucatán existe la misma relación que hay entre el vino y las mariposas, aunque no faltará quien diga que todo depende de la interpretación. En este sentido, lo que une a Yucatán con Las Cruces, ahí en Nuevo México, sólo podría ser nuestra entrecomillada condición de “Periferia”, porque aquí, desde estas lajas yucatecas, y allá desde las arenas blancas del desierto, la actividad cultural y crítica se sigue ejerciendo, se sigue generando sin importar “El Centro”, así como en su momento García Márquez marcó la pauta y desde Aracataca, lejos de Bogotá, en Colombia, nos mostró la soledad más desoladora que Latinoamérica podía vivir jamás: la de su dispersión, la de su quebranto y fractura, la de su consecuente ensimismamiento.

Es por eso que un proyecto editorial a estas alturas no puede ser una escaramuza literaria que publique textos solitarios o que no lleven entre líneas la crítica pertinente. La función del editor retoma su dimensión original al concebir una unidad a partir de textos disímiles en género o incluso en temática, un trabajo de parto tan sufrido la mayoría de las veces que ese oficio bien podría compararse con el que realiza una comadrona. Trabajo de parto y de inteligencia para saber cuestionar los textos, tejer un diálogo, saber qué va y que no. Es difícil: el editor se enfrenta a una suma de complicaciones que van desde mediar entre lo que se quiere y lo que realmente se puede hacer, pasando por las correcciones ortotipográficas, incluyendo quejas y reclamos que surgen siempre aunque traten de perverse todos los detalles. Por eso un proyecto editorial tiene que respaldarse por un consejo editorial eficiente, Octavio Paz lo tuvo y de ahí quizá su mérito. Con él estuvieron Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Gabriel Zaid y José de la Colina, entre otros.

El trabajo en equipo, no obstante, no implica camaradería y compadrazgo, por el contrario, exige un producto bien estructurado, como el caso de *Arenas Blancas*, que en su



número 9 correspondiente a primavera del 2008 presenta una muestra de la producción literaria y crítica hecha en Yucatán. Esta apertura que muestra el consejo editorial de la revista, formado principalmente por estudiantes de la maestría de la Universidad Estatal de Nuevo México, ahora encabezados por Tomás, ha permitido que la publicación siga traspasando fronteras y vaya contribuyendo a que las discusiones realmente relevantes dejen ese aislamiento al que se ven orilladas precisamente porque las dinámicas culturales prestan más atención a lo que se genera en los centros de poder.

Es importante señalar cómo el trabajo colectivo realizado con inteligencia y sobre todo con esta visión de equidad, siempre generará resultados positivos que refuerzan la integración de las culturas. Por eso *Arenas Blancas* hoy es un puente monumental donde convergen las ideas y los sentimientos no sólo de sus colaboradores, sino también del lector. Quisiera recalcar que la noción de trabajar creando lazos o puntos de encuentro entre las diferentes individualidades a manera de red, poco a poco se ha ido convirtiendo en una herramienta eficaz contra el divisionismo, contra la dispersión que nos ha hecho vulnerables a través de los años. Esta mecánica de trabajo es fácil de asimilar comprendiendo las estructuras cotidianas que operan de esa manera. Si miramos cómo funciona una hamaca, por ejemplo, entenderemos que en la medida que un hilo se entrelaza con otros pierde su fragilidad característica para emprender una resistencia inigualable.

Es por eso que apostar a un trabajo que mira a la pluralidad y a la convergencia de ideas y de visiones de mundo siempre será recibido con los brazos abiertos de la crítica. La crítica, que tanto insiste Paz, se traduce en la capacidad de no aceptar cualquier imposición que contravenga el desarrollo de la humanidad; de ahí que el mismo poeta mexicano afirme que “una nación sin crítica es una nación ciega”, a lo que tendríamos que añadir que una nación que insiste en su ceguera es una nación condenada a repetir, no sólo sus mismos errores, sino también sus fracasos. ☐

Manuel J. Tejada Loría (Mérida, Yucatán, 1981). Estudió la licenciatura de Literatura Latinoamericana en la Universidad Autónoma de Yucatán. Fue editor de la sección cultural del diario POR ESTO! donde actualmente colabora con artículos de opinión y periodismo cultural. En 2006 obtuvo el segundo lugar en el premio nacional de poesía “Rosario Castellanos” de la UADY. Ha publicado en el libro colectivo de poesía *El éter de las esferas* y fue incluido en el libro *Nuevas voces en el laberinto: novísimos escritores yucatecos nacidos a partir de 1975*, editado por el Instituto de Cultura de Yucatán en 2007.